
BARBARIE DE LOS INVASORES

NOS jefes franceses, comprendiendo entre ellos á Maximiliano, han dictado diversas disposiciones para fulminar la pena de muerte sobre los defensores de nuestra infortunada patria; en pos de la amenaza han venido los crímenes; y el sepulcro de Chávez y de Ghilardi recibe mayor número de víctimas del patíbulo, que de los campos de batalla. Para cometer tantos y tan atroces asesinatos ha bastado cambiar una palabra, en vez de enemigos se nos llama, rebeldes!

¿Será posible que un hombre goce de todas las garantías que han consagrado para la guerra los pueblos civilizados, y sin embargo las pierda porque uno de los beligerantes, cambiando su tecnicismo, clasifique entre los animales silvestres á una parte de los humanos? ¡Los títulos de la humanidad dependen de una orden del día escrita con la punta de una espada!

Hace pocos años éramos para los franceses sus más queridos hermanos; tendíamos á confundirnos en costumbres, en intereses y en aspiraciones; entre Paris y México, el Atlántico no era más que el Sena con algunas leguas de anchura: llegó la guerra y con pesar de ambos pueblos se cruzaron

nuestras espadas; todavía entónces nos respetábamos mutuamente; pero la victoria abandona nuestras banderas y lleva, con su prestigio y con su orgullo, la impunidad á las filas contrarias; y cuando para éstos ya no era posible el temor de las represalias, entónces dejamos de ser hermanos, ya no somos siquiera enemigos, somos unos miserables, obligados á escoger entre una servidumbre ignominiosa ó una muerte de bandidos; deshonra para la vida y deshonra para la muerte; somos unos rebeldes!

¡Rebeldes! Y, por qué? Será porque desconocemos á Maximiliano como emperador de una República que todavía existe? Quién respeta esa corona usurpada? Los mismos franceses la humillan no dejándola ver sino de cuándo en cuándo y siempre á los piés de una insolente tutela. Desde Bazaine hasta Dupin, qué frances no impone sus órdenes al alquilado monarca? Lo reconoce por ventura el partido de los traidores? Lo ha abandonado á su suerte apénas lo encerró en el palacio de Moctezuma; el altar y el trono están separados por un abismo que cavan las mismas manos que los han erigido. ¿Representa Maximiliano la voluntad del partido moderado? No, el partido moderado de México, no es traidor; el partido moderado no está compuesto de esos miserables especuladores que hoy se disputan un ministerio ó una silla municipal, para dar centésima vez un testimonio solemne de su impotencia; detrás de esos hombres no está sino su descaro, repartiendo entre sus acreedores un miserable prorrateo. ¿Si Maximiliano representará al gran partido progresista? Pero nosotros le haremos una guerra sin tregua. ¿Entónces, dónde están los rebeldes?

Franceses! franceses! volved la vista á vuestra patria; en sus magníficos monumentos, en sus preciosas pinturas, en sus teatros, en sus academias, en sus imprentas, la gloria que más clara resplandece, es la de aquellos varones constantes que en todas las naciones y en todas las épocas, han luchado felices ó desgraciados por la salvacion de su independencia. Al lado de Juana de Arco ensalzais á Guillermo Tell y la

estatua de Bruto figura junto á Julio César; celebrais á nuestro Guatimotzin y no desdeñareis á nuestro mismo Zaragoza; anteponeis á todas las virtudes el patriotismo, y nos haceis un crimen imperdonable de la fidelidad debida á la bandera que nos dejara Hidalgo! ¿Podremos alcanzar vuestros elogios, nos prometeis vuestras estátuas y vuestros cantos, si deponiendo las armas nos igualamos á los hombres que la historia detesta? Franceses, respetad nuestra desgracia.

Rebeldes ó patriotas, nuestra mision es luchar y morir, y poco nos importa que el frances que nos abra el sepulcro se llame guerrero ó verdugo, que nos cante la Marsellesa ó que nos entone un responso. Rebeldes ó héroes, miéntras las armas brillen en nuestras manos, aunque se nos oscurezca el sol de la fortuna, podremos ver la sonrisa de la esperanza; donde está la esperanza, allí está la patria, allí la gloria.

Justo seria evitar la sangre que inútilmente se derrama. La Francia debiera esta consideracion á los Estados Unidos, á las repúblicas hispano-americanas, que reconociéndonos todavía como nacion, alejan de nuestra frente la nota de rebeldes; la Francia debiera esta reparacion á las exigencias de la humanidad que han suavizado los males de la guerra; la Francia debiera consultar con su propio orgullo, porque ello es cierto, sus jefes no son crueles sino porque confían en nuestra impotencia para no tener un castigo; su barbarie es la cobardía.

Pero nosotros no pedimos cuartel, aunque algunas veces lo damos. La generacion presente ha nacido con la soga al cuello, y, sin embargo, con un pié en el patíbulo hemos ido venciendo la tiranía española, la tiranía militar, la tiranía del clero y al fin reprimiremos la barbarie francesa.

Las madres, las esposas, las hermanas, acostumbradas al luto, añadirán á su corona, en las festividades de la patria, otras tantas flores cuantas sean las pérdidas que su corazon hubieren desgarrado; estos distintivos serán la verdadera nobleza cuando desaparezcan esas profanadas cruces que hoy Maximiliano prodiga á sofistas y asesinos venales. Las lágri-

mas de la horfandad y de la inocencia sobre los huesos descarnados de los buenos patriotas, producen vengadores.

¡Salud y honor á los rebeldes que combaten! salud y honor á los rebeldes que sucumben! Denos el destino una hora sola de prosperidad y esos franceses que usurpan los nombres más caros del patriotismo para matarnos impunemente, cuando prueben nuestras espadas, aunque entónces se llamen Alejandro, Napoleones y Hércules, nos pedirán temblando garantías y nos reclamarán las leyes de la guerra. Que Bazaine caiga en nuestras manos y dejáremos de llamarnos rebeldes!

No procedían así como los franceses los grandes capitanes, que por amor á la humanidad nos enseñaron á respetar á los vencidos; luchando con la barbarie de su época, exponiendo á veces su preciosa vida, probaron prácticamente que la victoria no viene tras de la muerte sino para encerrarla entre los horrores del combate. Y si lo que se llama civilización es el anatema del suplicio, bárbaros y no civilizados son aquellos invasores que en su impaciencia por dominar, se distribuyen la mitad del parque para la guerra y la otra mitad para los patíbulos. Allá cuando á sus hijos y esposas cuenten sus hazañas, les mostrarán las medallas que recibieron como valientes; pero les ocultarán los remordimientos que los perseguirán como á homicidas.

Ures, Marzo 24 de 1865.

LA SITUACION MILITAR

EL último ejército organizado que defendía á la Nación, ha desaparecido en Oaxaca; ¿está terminada la guerra en México? No es tiempo de ilusiones; busquemos la realidad aunque tengamos que encontrarla en el fondo de un sepulcro.

Es bien sabido que las operaciones militares, desde la base de una campaña hasta el alcance del cañon enemigo, son el objeto de una ciencia que se llama la estrategia; las evoluciones bajo los fuegos, son el objeto de la táctica: un ejército organizado en forma, comienza á ser derrotado por una mala estrategia, y cuando por una mala táctica ha recibido el último golpe, no es dueño sino de la tierra que huye bajo los piés de la derrota. Esas máquinas de guerra, en un dia, en una hora, pierden y ganan las naciones. ¡Desgraciados de los pueblos si el arte militar desapareciera con las grandes masas de guerreros! Un centenar de victorias hace tiempo tendria esclavizada la tierra; y meses hace que nosotros perteneceriamos á los viles esclavos que se humillan á los piés de Maximiliano.

Por fortuna existe un arte militar eterno y seguro, inspirado por la misma naturaleza; no busca sus recursos en los grandes

trenes, ni en arcas rebosando en oro, ni en vistosas armas, ni en numerosos batallones, ni en capitanes afamados; no exige de los patriotas más que fortaleza, esa virtud, que la única, según Homero, tiene muchas veces ímpetus furiosos y en cierta manera sobrenaturales. Ese arte militar que las naciones modernas no siempre conocen, y que el mismo Napoleón acaso ignoraba, pues en la desgracia no pudo aprovecharlo como un escudo, esa fortaleza en sus sobrenaturales ímpetus, cuando resplandece en un hombre, lo hace llamar Hércules, y cuando decora á un caudillo, presenta á nuestra admiración un Spartaco, un Garibaldi; pero si un pueblo entero se ve dominado por esa fortaleza como por un contagio sagrado, entonces aparecen las hordas del Norte humillando á las legiones romanas, los árabes dominando el mundo, los compañeros de Washington expeliendo de su patria á los ingleses, y los aztecas, á la voz de Hidalgo, vengando á Guatimotzin en la sangre de los españoles que desafiaban al primer caudillo de la Europa. Ese arte lo conocen y practican millares de guerrilleros en la República Mexicana; y por eso, aunque una ciudad atestigüe una victoria de Forey, y otra ciudad un triunfo de Bazaine, y aunque Dupin en Tamaulipas y la Huasteca asesine, y aunque Castagny asesine é incendie en Sinaloa, y aunque Maximiliano, abandonado de los frailes, se rodee de los amanesqueros políticos, que no tienen opinión sino para cometer una estafa, y aunque la suerte cien veces nos ha sido contraria, y aunque otras mil nos esquive sus sonrisas, ello es cierto, los ciegos lo ven, al espirar nuestro último ejército, los invasores no han conquistado un palmo de terreno! Esta larga zona que desde el Soconusco se extiende hasta las playas del Colorado, invadida por mar y por tierra, por franceses y por traidores, ¿cuántos palmos de terreno tiene en poder de Maximiliano? ¿Qué ejércitos la roban á los orgullosos vencedores? En esta dilatada zona, por donde quiera flamea, y no sin gloria, la bandera de la patria; y, para proteger nuestros brillantes destinos, basta, en Acapulco, el padre de tres generaciones que conserve el depósito recibido de las mismas manos de Morelos; basta

en Sinaloa un Corona, un Rosales; basta en Sonora un Pesqueira, y basta la voluntad en los patriotas que se agitan desde Tehuantepec hasta los linderos de Guatemala.

¿No es ese mismo patriotismo? ¿no es esa misma fortaleza? ¿no es ese mismo arte de la guerra infundido en el alma de los héroes, el que tiene en nuestro poder las costas del Golfo de México y el que sostiene el orden constitucional en torno del Colima, del Popocatepetl y del Orizaba, y que lleva nuestros vitorios y nuestras esperanzas hasta las puertas de Tenochtitlan por donde el rumor penetra, como una pesadilla, hasta el palacio del monarca aventurero? ¿Cómo, si los ejércitos se han acabado sucede que la guerra se encarniza? Los vencedores, que sólo esperan transportes para pasear por París sus laureles, no se aventuran fuera de los puertos sin encontrarse diezmarlos. Los filibusteros, que con el nombre de legión extranjera vienen á repartirse bajo las sombras de Maximiliano nuestras riquezas, no llegan ante su emperador sin deplorar graves pérdidas. Los traidores, que ya ven la lucha como un castigo, porque si unos los aborrecen otros los desprecian, ¿cómo es que todavía no cobran el salario de su infamia? ¿Por qué las amenazas de muerte? ¿por qué el despecho en los favorecidos por la fortuna? Porque hay un Dios para los ejércitos del pueblo; y ese sublime caudillo no reparte otras armas á sus soldados sino patriotismo y fortaleza.

Merced al prodigioso alcance de los cañones y de los rifles en los combates civilizados, el general pocas veces expone su preciosa existencia, la oficialidad no corre riesgo sino en breves momentos y los soldados no se acercan con sus bayonetas y lanzas sino sobre los contrarios que huyen después de haber sido contenidos y dispersos por la tempestad de la metralla; el valor personal, la robustez de los brazos, la destreza del arma corta, la tranquilidad sublime del corazón, que por medio de una espada eléctrica siente las palpaciones del corazón enemigo, la fortaleza heroica no se encuentran en las tropas de línea, sino en los humildes guerrilleros. Éstos, guiados por el instinto, evitan la lucha á distancia inutilizando de este modo

las armas ventajosas de una industria adelantada; ántes bien, favorecidos por las sombras de la noche, por las nieblas de la mañana, por los espesos bosques, por las barrancas tortuosas y profundas, se improvisan de repente á tiro de pistola, salvan con un salto las distancias, y descubriendo su pecho, dicen al vencedor: ¡aquí está un hombre! Entónces se sacuden por el miedo esos aparadores de medallas y de cruces, y piden auxilio á todo su ejército para defenderse de un solo insurgente que á una lid personal los provoca. Así perecen hoy diez invasores, así mañana quedan heridos veinte, y así, al cabo de seis meses, las filas se disminuyen, la desmoralizacion asoma, los conquistadores no se atreven á salir de entre murallas, los triunfadores expedicionan por millares para incendiar una rancharía, los jefes fusilan y acaban por horrorizarse de sus propias atrocidades, el pueblo murmura, las guerrillas se trasforman en ejércitos; la estrategia, la táctica, los cañones y las victorias pasan á los vencidos.

Sensibles son nuestras pérdidas; pero es nuestro antiguo ejército el que perece; habia en su organizacion algo enfermo, una entraña donde se ocultaba la muerte; pesado para marchas, vacilando en la hora del peligro, abrigando bajo sus banderas á los entusiastas y á los cobardes, acostumbrados á no resistir despues de una hora de fuego, y conservando todavía las inspiraciones de esos hombres falsos y corrompidos que se llaman Uraga, Traconis, Vidaurri . . . un ejército recién salido de esas manos, necesitaba depurarse, y todo entero se encuentra en el crisol de la desgracia.

En cambio ved por todas partes el gérmen de nuevos luchadores! Allá en las sierras que dominan la Huasteca, por acá en la heróica Sinaloa, más á lo léjos el modelo de los caudillos populares entre las asperezas del Sur, Negrete, desprendiéndose de Chihuahua, Riva Palacio saludando las torres de México, en las alturas, en los valles, en las riveras del mar, los que combaten, los que se preparan, ochenta mil hombres sobre las armas, dispersos hoy, mañana reunidos: esta es la verdadera situacion militar de nuestra patria; léjos de ser angustiada, es

lisonjera; mayores dificultades alejaban un porvenir risueño de la isla de Santo Domingo y un puñado de valientes, una tribu de guerrilleros, hoy contempla con orgullo, la fuga y la deshonra de la España.

En este momento se anuncia la aparicion de los franceses sobre el puerto de Guaymas; son los mismos que vinieron con Raussett, y vuelven por otro escarmiento: saldrán á su encuentro un espectro silencioso y el viva en que nuestros valientes prurumpan saludando la independencia mexicana.

Ures, Marzo 31 de 1865.